

y comprender cómo se cursan los lugares sociales marcados fuertemente por tradiciones culturales que portan rasgos de dominación.

Sin embargo, vuelvo al principio. A la dificultad central. A cómo el sistema perturba (porque se perturba) el trabajo en colaboración, y doblemente si se trata de mujeres. Ahora bien, si se trata de mujeres que mantienen un discurso —digamos áspero o tenso—, el punto radica en una cierta no tan sutil mecánica de desvalorización. Es posible prescindir de estos trabajos, no incluirlos en los circuitos, evadirlos. Resultan soslayables, aún si se piensa que Lotty Rosenfeld y yo hemos realizado algunas producciones artísticas consideradas oscuras, cifradas, como *¿Quién viene con Nelson Torres?*, obra que menciono sólo a modo de ejemplo.

Pero, lo más álgido —así lo pienso— radica en la colaboración misma. Como efecto político. Como arma política de construcción cultural. Me refiero a perseverar en una práctica minoritaria y, en cierto modo, ambigua. Perseverar en una asociación marcada por pequeños logros no exentos de desasosiegos que, de una u otra manera, van tejiendo una modalidad, una “posición” cultural. En realidad, el trabajo de colaboración apunta a una ampliación e incremento de los imaginarios que, mezclados, modulan un espacio “otro”, radicalmente diverso al trabajo individual, porque siempre su materialización produce una doble extrañeza, una sorpresa doble.

Sin embargo, lo más importante es que entre Lotty Rosenfeld y yo se estableció una práctica, un procedimiento ya asentado que nos ha permitido ejercitar una creatividad en donde nada es exactamente de cada una, porque lo de cada una se rearticula y se pierde y se diluye, y lo único que resta es cómo surge una producción cuyo efecto ambivalente resulta tan ajeno y tan cercano.

1. La problemática de la mujer en tanto sujeto social, su emergencia en el escenario público bajo el nombre concluyente de feminismo, llegó para evidenciar un dilema político que buscaba rescatarla de su histórica subsidiaridad. No vale la pena que detalle aquí el contexto múltiple en que este movimiento consiguió una cierta, acotada expansión; sólo parece pertinente señalar que su fuerza asociativa se enraizó a los modos de producción que conmocionarían los sistemas sociales, luego del advenimiento de la revolución industrial. Una forma productiva que iba a generar nuevos sujetos y que a la vez requeriría de cuerpos masivos y seriales para ingresar al manejo monótono de la máquina.

2. La política signada por la búsqueda de igualdad marcó la irrupción del feminismo en el espacio social como un nombre incisivo que se inscribía para dar cuenta, precisamente, del desalojo de la mujer-sujeto carente, despojado y arrasado, en la repartición simbólica y literal de los poderes. La búsqueda de la igualdad, cuyo objetivo más unificador fue la lucha por el sufragio universal, resultó fundamental para mostrar la extensión de la desigualdad y sus duras fronteras. Un nombre estratégico, en la medida que pudo poner sobre el tapete las formas, las tecnologías, los gestos de una dominación “rizomática”, diría Deleuze, que carecía de principio y de fin y que proliferaba de manera incesante, adoptando máscaras y resguardándose en discursos institucionales para consolidar y proseguir con sus prácticas coercitivas: la familia, la religión, la ley, el Estado, estaban allí, disponibles, como los más expeditos operadores para cultivar, inocular y perpetuar esta desigualdad que se denunciaba.

3. La palabra feminismo adquirió una connotación ultranegativa. Desde el siglo XIX hasta hoy resulta incómoda, molesta y ha sido sabiamente administrada por los sistemas de manera multifocal para señalar lo impropio, lo beligerante y, así, diluir o destituir la política inscrita en la palabra. En suma, la primera emergencia feminista resultó una presencia anónima-

la o impropia, sectorial, imposible de asimilar, incapaz de conseguir el establecimiento de pactos amplios y sólidos con otras instancias reivindicativas. Mientras ser socialista o comunista o anarquista, por nombrar algunos hitos políticos tensos, adquirió un sentido en los estamentos de poder, el feminismo y su legítima lucha política no consiguió (por las condiciones demasiado acosadas de su enunciación) una inserción efectiva en el espectro social.

4. La ironía, la caricatura, el oprobio y la cooptación fueron los instrumentos más eficaces para fragmentar y neutralizar su gesto y su gesta igualitaria. De tal manera y con tanta fuerza, que hubo que repensar la palabra feminismo y reunir los conflictos bajo la noción amplia, atomizadora y quizás neutral de género. Más aún, desde el pensamiento francés la búsqueda de igualdad fue modificada por la teoría de la diferencia. En ese momento ya se había producido un malentendido. La imperativa necesidad de igualdad social iba a comprenderse como el anhelo de ser igual a los hombres, idénticas a ellos, y no como una manera activa e igualitaria de habitar las construcciones sociales.

5. El cambio de nombre, la restauración de su fachada, diluyó en gran medida su efectividad política. La posibilidad de habitar como igual se permutó por la obligación de habitar como diferencia, pero "sobre" esa diferencia de habitar se consolidaba y se consolida precisamente una desigualdad básica y estructural.

6. La mujer transita por un horizonte social abiertamente adverso que los siglos de los siglos no han sido capaces de reparar o de reformular, porque en cada uno de los siglos de los siglos la dominación tiene una característica: los medios de producción y la concentración de bienes le pertenecen a lo masculino y la mujer representa, para pensar en términos contemporáneos, el salario desigual que está allí para alimentar las increíbles ganancias. Todos los discursos institucionales se pliegan, con sus estrategias desviadas, para consolidar esta situación. En todo el mundo occidental las mujeres, a igual trabajo, ganamos menos que los hombres. Las economías florecientes y aún las desfallecientes se sostienen en esta asimetría. La economía mundial y globalizada que rige la

actualidad está sustentada en la explotación virtual de un cuerpo multitudinario (las mujeres somos numéricamente más que los hombres) y más allá de sus desigualdades internas (la obrera versus la ejecutiva) experimentamos una misma irregularidad. Estas desigualdades salariales son muy lucrativas para sostener los sistemas mundiales. Pero hay que entender que para pagarle menos hay que ser considerada menos y, aún más, catalogada oficialmente como menos, y ese "menos" es una cons-trucción tan férrea, prolija y tecnológica que atraviesa distintos estadios—desde lo real hasta lo simbólico— para conseguir su objetivo.

7. Esa es con seguridad la matriz definitiva —el dinero como la madre del cordero de Dios— que permite todo tipo de operaciones, distintas economías, para mantener a la mujer en condiciones debilitadas frente a cada una de las instancias por las que transita. Y, desde luego, mantenerla subyugada a una relación siempre especular con el hombre, que es quien en definitiva la escribe y la describe.

8. Como figura binaria débil, entregada a las operaciones económicas del poder, obligada a la dependencia o a responder a cada instante por su categoría, la mujer construida cultural y arbitrariamente en su género, diseñado por lo masculino, trazada según sus normativas y sus proyectos, parece entrampada en una situación tautológica. Más allá de los discursos teóricos que pretenden reparar o revertir todo esto, de manera inevitable su espacio es refrendado y controlado precisamente por lo que la subyuga: lo masculino.

9. Resulta interesante, en este marco, explorar la forma en que se ha cursado parte de la escritura de mujeres en Chile. Rosario Orrego, considerada como la primera narradora del país, publicó su libro *Teresa* en 1870. Contemporánea de Alberto Blest Gana, su incursión literaria —con oficio y una escritura prolija y solvente— radicó precisamente en las tensiones en las que se organizaba la incipiente y frágil nación. Rosario Orrego planteó una protagonista activa, comprometida con el espacio político, que iba a renunciar al capital más recurrente asignado a la mujer, como es el amor, el matrimonio y la procreación, en aras de la liberación del dominio colonial. Sin embargo, esta irrupción

fue discontinuada. Más adelante, en los inicios del siglo XX, Mariana Cox Stiven, cuyo seudónimo era Shade, escribiría la novela liberal *El diario de Marie Goetz*, donde se iba a inscribir la mujer objetualizada, decorativa y desdichada en su destino matrimonial que se entregaba a fantasías amorosas múltiples como único horizonte vital. Ese fue el camino que más adelante —desde una escritura elaborada y sugestiva— hubo de retomar María Luisa Bombal: la mujer burguesa, su hastío y su resguardo en un imaginario que divagaba formas amorosas, idealizadas y proclives. Marta Brunet, solitaria en su empeño, en cambio, textualizó, desde la literatura y sus técnicas, la amplitud de los sentidos que atravesarían a la mujer moderna y su difícil relación con el dinero y el espacio público. Construyó una mujer compleja, cantante y, especialmente, sonante.

10. Karl Marx señaló con énfasis que la religión era el opio de los pueblos. Con el mismo énfasis, parafraseando esa frase de Marx, me atrevo a asegurar que el amor, tal como lo han organizado las instituciones y los sistemas de propaganda de esas mismas instituciones, es el opio de las mujeres. Repito: el amor es el opio de las mujeres. Parte importante de la literatura producida por mujeres se volcó al amor y al sentimentalismo con una obediencia conmovedora. Se dedicaron a escribir las dichas y desdichas, los reclamos, las insurgencias amorosas como si ese terreno “les” perteneciera, así, de manera esencialista y naturalizada y, desde ese lugar, fuese la única textualidad pertinente.

11. En el horizonte creciente e invasivo de la literatura y el mercado, la escritura de las mujeres no cesa de examinar lo social a partir de sus relaciones tortuosas o afortunadas con los hombres: revisan desde ellos —su falta o presencia— su ser, la valentía de seguir activas más allá de los caprichos o los desaires del objeto amado, o bien abren el territorio de una erótica sensata y ya demasiado presagiada, controlada y promovida por los sucesivos “destapes” institucionales. Este ha sido el instrumento más eficaz para acorralar y segregar una literatura. La literatura de mujeres, tal como la entiende el mercado y sus procedimientos, vino a reparar omisiones, pero llegó también para profundizar el guetto. La literatura como campo exploratorio con los signos le pertenece a los

hombres. En los extramuros está aglomerada la escritura de mujeres como subproducto, como decoración.

12. La operación castradora —la compartimentación, la segregación— que realiza el mercado consiste en biologizar la literatura, incluso se podría asegurar que la genitaliza, perdiendo así su espesor simbólico y desde luego el trabajo político con los signos. A la mujer se le entrega una temática y la dramática de su temática, al hombre el logos y su dilema textualista. La creación (de signos, de sentidos, de paradigmas) entonces continúa asociada a lo masculino; la reproducción, a lo femenino.

13. El libre mercado, matriz del ultracapitalismo, ha productivizado literalmente la diferencia al convertir los dilemas políticos de género en marketing para abastecer las franjas estamental de sus compradoras: las mujeres. Las mujeres leen a mujeres. Sin embargo, tenemos que examinar esta filiación sentimental, y por sentimental, conservadora, no como una interrogación a las llamadas “escrituras rosas”; se trata de poner esos textos en correlación con una tecnología de dominación promovida por el sistema masculino. Habría que pensar que es un efecto manejado por el sistema, una manera de incluir desincluyendo, un modo torcido de alojar para producir, en realidad, un desalojo y, así, mantener los poderes intactos de acuerdo a las pautas históricas.

14. Entonces, vuelvo a los inicios. Existe un problema político extraordinariamente complejo, recubierto, ornamentado. Las redes de dominación que controlan los distintos campos sociales son perceptibles —cómo no— en las esferas literarias. La desigualdad está dispuesta y disponible para actuar, de manera incesante, resguardada en la impunidad en que se construye. Los discursos públicos que emanan desde los periódicos, controlados por la derecha económica, muestran la construcción de un imaginario cultural sexista que ya puede ser considerado como abiertamente antidemocrático. Sin embargo, más allá de que en estos espacios se curse un aberrante sueño político neoliberal, fundado en la centralidad, con rasgos violentos y dictatoriales de los “hombres” (cualquiera, el sistema) que junto con ejercer la crítica, escriben literatura e ingresan al escenario de las conocidas disputas pandilleras, habría que repensar la

noción de género, su actual insuficiencia como recurso político, su versión "light", amorfa, plástica, y volver más bien al escenario marxista fundado en la concentración de bienes de capital: sólo a modo de ejemplo, 500 personas en el mundo concentran más riqueza que el salario con el que se sustentan 416 millones de pobres, en su mayoría mujeres. Esa es la realidad mundial y ese es el territorio concreto para examinar cómo se establece hoy la producción de sentidos.

15. Repito lo que me parece crucial: a igual trabajo, las mujeres ganamos menos. Somos el menos del salario. Este hecho no puede ser desligado de las esferas simbólicas, está allí e instala discursos de dominación y castración en el ámbito literario que nos reconsignan en estos discursos críticos o seudocríticos como "menos". Existen estrategias, tecnologías, tácticas para construir mapas y geografías de poder literario. Algunas básicas como la ironía o la abierta burla, las más fáciles y las más recurrentes, pero también las más débiles, torpes y desatendibles.

16. Mi propuesta es ubicarse literaria y políticamente en el centro de una irregularidad demasiado elocuente: Chile es uno de los países más desiguales del mundo en materia social y habría que entender y situar exactamente allí la desigualdad literaria de las mujeres, justo en el centro de este particular y carente horizonte. Entonces habría que repensar la noción de diferencia. La búsqueda de igualdad social y simbólica es un hecho irrenunciable, político, democrático. La noción polar en que se organiza el concepto de género parece obsoleta debido al actual desborde de las identidades. En cambio, los dispositivos contenidos en ese primer feminismo igualitario, aún con su carga anti religiosa, no complace, me parece más intenso, más productivo y más político que la noción de género o más bien del rumbo comercial y vacuo en que se ha cursado este dispositivo.

17. Sin desconocer los aportes del pensamiento feminista y de género provenientes de los poderosos países metropolitanos, gestores de la globalización, parece necesaria ya la posibilidad de una inflexión local. El panorama nacional nos pertenece y muestra de manera indesmentible cómo se recepciona públicamente el trabajo con los signos literarios

del sujeto mujer. El actual neomachismo no va a cesar; al revés, se verá reforzado por el sistema económico que valida cada uno de los emprendimientos críticos que promueven el desalojo de las producciones literarias de aquellas mujeres que se escapan de los territorios asignados —el sentimentalismo y la referencialidad—, auspicados por la hegemonía. La noción de género me parece blanda o reblandecida, prefiero volver a ese momento crucial de la conformación del feminismo igualitario, porque en las cuentas impagas de la historia, la desigualdad literaria continúa, sí, su ascenso impecable y, por supuesto, implacable.